

cabellos, y encontrarás los siete collares de perlas de la diosa Afrodita, que te pondrás al cuello. Alhajada así, bella Khrysis, marcharás por la ciudad. La multitud te pondrá en manos de los soldados de la reina; pero alcanzarás lo que deseabas, pues ya iré á verte en la prisión antes de que salga el sol.

IV

El jardín de Hermes Anubis

EL primer movimiento de Khrysis fué encogerse de hombros. ¡No tendría la candidez de cumplir su juramento!
Su segundo impulso fué de ir á ver.

La empujó una invencible curiosidad hacia el misterioso escondrijo en donde había depositado Demetrios los tres despojos de sus crímenes. Quería tomarlos, palparlos con sus propias manos, hacerlos resplandecer al sol, poseerlos por un instante. Le pareció que su victoria no sería del todo completa en tanto que no tuviera en su poder el botín que ambicionaba.

En cuanto á Demetrios, ya sabría ella atraérselo con cualquier ardid ingenioso. ¿Era creíble que se desligara de ella por siempre? La pasión que ella suponía en él no era de las que se extinguen para no volver á encenderse en el corazón del hombre.

Las mujeres que han sido muy amadas forman dentro de nuestra memoria una familia predilecta, y el encuentro con una mujer que fué en

otro tiempo muy querida, aunque la odiamos ya ó aunque la hayamos olvidado, causa una turbación inesperada, de la que puede muy bien renacer un amor nuevo. Khrysis no ignoraba esto. Por apasionada que estuviera, por mucho que le urgiese reconquistar al primer hombre que había amado, no llegaba á tal punto su locura que lo comprase á costa de su existencia, cuando tantos otros medios veía de seducirle de un modo más sencillo.

Y sin embargo... ¡qué incomparable muerte le había propuesto él!...

¡Ostentar á la vista de una multitud innumerable el espejo antiguo en que se había mirado Safo, la peineta que había reunido los reales cabellos de Nitaukrit, el collar de las perlas marinas que habían rodado en la concha de la diosa Anadyomena!... Luego, desde esa noche hasta la mañana siguiente, conocer delirantemente todo lo que el amor más desbordado puede hacer experimentar á una mujer... y al aproximarse el mediodía, morir sin el menor esfuerzo... ¡Oh destino bienaventurado!

Khrysis cerró los ojos...

Pero no; no cedería á la tentación.

Subió en línea recta, á través de Rhakotís, la calle que conducía al Gran Serapeion. Esta avenida, abierta por los griegos, tenía algo de exótico dentro de aquel barrio de callejuelas angustiosas.

Mezclábanse allí ambas poblaciones bizarramente, en una promiscuidad todavía hostil. Entre los egipcios, vestidos de camisas azules, las túnicas crudas de los helenos formaban líneas de blancura.

Khrysis marchaba con paso rápido, sin escuchar las conversaciones con que comentaba el pueblo los crímenes cometidos por causa de ella.

Frente á la escalinata del monumento, la joven torció á la derecha, echó por una calle obscura y en seguida por otra cuyas casas aproximaban sus terrazas casi hasta juntarse. Luego atravesó una plazoleta en forma de estrella, en donde, junto á un manchón de sol, tres jovencitas muy morenas jugaban en una fuente, y por último se detuvo.

El jardín de Hermes Anubis era una necrópolis pequeña, abandonada hacía largo tiempo, una especie de solar adonde ya no acudían las familias á llevar libaciones á los muertos y del que procuraban alejarse los transeuntes. Khrysis avanzó en el mayor silencio entre aquellas tumbas ruinosas, sobresaltándose á cada guijarro que resbalaba bajo sus pies. El aire, cargado todavía de impalpable arena, le agitaba los cabellos sobre las sienes y hacía ondular su velo de seda escarlata hacia las hojas blanquecinas de los sicomoros.

Descubrió la estatua en medio de tres monumentos fúnebres que de todos lados la ocultaban encerrándola dentro de un triángulo. Bien escogido era el tal sitio para dejar enterrado un secreto mortal.

Como pudo, se deslizó Khrysis por el pedregoso y estrecho paso, y al ver la estatua, palideció ligeramente. Erguiase el dios de cabeza de chacal, con la pierna derecha hacia adelante, y del peinado que le descendía sobre los hombros sacaba los brazos por dos agujeros. Tenía incli-

nada la cabeza en lo alto de su cuerpo rígido, siguiendo el movimiento de las manos, que hacían el ademán del embalsamador. El pie izquierdo estaba despegado.

Con lenta y recelosa mirada se aseguró Khrysís de que estaba sola. Hízola estremecer un ruido; pero no era más que una lagartija verde que huía hacia una grieta de mármol.

Atrevióse, por fin, á levantar el talón roto del dios, oblicuamente y con algún esfuerzo, pues la estatua arrastraba con ella parte del zócalo hueco que descansaba sobre el pedestal.

Y bajo la piedra vió brillar repentinamente las enormes perlas.

Sacó el collar entero. ¡Cómo pesaba! No hubiera ella pensado que unas perlas sin montura casi pudiesen pesar de este modo en la mano. Todos los globitos de nácar eran maravillosamente redondos y de un oriente casi lunar. Las siete hileras se sucedían una tras otra, y brillaban como cambiantes circulares de moaré sobre un agua salpicada de estrellas.

Se lo puso al cuello.

Con una sola mano se lo arregló, cerrando los ojos para sentir mejor el frío de las perlas sobre la piel. Dispuso los siete hilos con regularidad á lo largo de su pecho desnudo, é hizo descender el último hasta el intersticio ardoroso de sus senos.

Tomó en seguida la peineta de marfil, la contempló algún tiempo, acarició la figurita blanca esculpida en la coronilla, y hundió varias veces la joya en sus cabellos antes de fijarla donde quería.

Sacó luego el espejo de plata, miróse en él,

vió su triunfo, sus ojos deslumbrantes de orgullo, sus hombros adornados con despojos de los dioses...

Y embozándose hasta los cabellos con su amplia kyklas escarlata, salió de la necrópolis sin quitarse las terribles joyas.

Las murallas de púrpura

CUANDO escuchó el pueblo por segunda vez, de boca de las hierodulas, la confirmación del sacrilegio, se dispersó lentamente á través de los jardines.

Agolpábanse á centenares las cortesanas del templo á lo largo de las calzadas de negros olivos, echándose las unas ceniza en la cabeza, frotándose otras la frente contra el polvo, tirándose de los cabellos ó arañándose los senos, en señal de duelo público. Muchas sollozaban, cubriéndose los ojos con un brazo.

La multitud descendía silenciosa á la ciudad por el Dromo y por los malecones. Un duelo general llenaba de consternación las calles. Aterrados los mercaderes habían guardado á toda prisa sus mercancías puestas en abigarrada exhibición. Las mamparas de tablas fijadas con barrotes se sucedían, á semejanza de una empalizada monótona, en los pisos bajos de las casas cerradas.

La vida del puerto se había paralizado. Los marineros, sentados en los poyos de piedra, per-

manecían inmóviles, teniéndose con ambas manos los carrillos. Los bajeles próximos á partir desarmaban sus largos remos y recogían sus velas afiladas contra los mástiles balanceados por el viento. Los que querían entrar en rada aguardaban mar adentro las señales, y algunos pasajeros que tenían parientes en el palacio de la reina, temiendo que esta calma fuera indicio de una sangrienta revolución, ofrecían sacrificios á los dioses infernales.

En la esquina formada por el muelle y la isla del Faro, Rhodís, entre la multitud, reconoció á Khrysis no lejos de ella.

—¡Ah! Khrysis, llévame contigo, tengo miedo. Aquí está Myrto; pero la multitud es tan grande, que temo que nos separen. Cógenos de la mano.

—¿Sabes lo que ocurre? —preguntó Myrtokleia—. ¿Se ha descubierto al culpable? ¿Ya le dieron tortura? Desde el tiempo de Herostrato, nada semejante se ha visto. Los Olímpicos nos abandonan. ¿Qué será de nosotros?

Khrysis no respondió.

—Nosotras ofrecimos palomas—agregó la flautista pequeña—. La diosa debe estar irritada. ¿Se acordará de nuestra ofrenda? ¡Y tú, y tú, mi pobre Khrysé, tú que ibas hoy á ser ó muy feliz ó muy poderosa!...

—Todo lo soy—dijo la cortesana.

—¿Qué dices?

Khrysis retrocedió dos pasos, y levantando la mano derecha junto á su boca, dijo:

—Escucha atentamente, Rhodís mía; escucha, Myrtokleia. Lo que hoy veréis, jamás lo han visto ojos humanos desde el día que la diosa descendió sobre el monte Ida, ni nadie, hasta el fin del mundo, lo volverá nunca á ver sobre la tierra.

Retrocedieron estupefactas las dos amigas, creyéndola loca. Pero ella, absorta en su ensueño, marchó derecha hasta el monstruoso Faro, resplandeciente montaña de mármol de ocho cuerpos exagonales. Empujó la puerta de bronce, y aprovechándose de la inatención pública, la cerró nuevamente por dentro corriendo las ruidosas barras.

Transcurrieron algunos instantes.

La multitud gruñía sin cesar. La marejada humana añadía su estruendo á los tumbos regulares de las olas.

De súbito se alzó un clamor, repetido por cien mil pechos:

—¡¡Afrodita!!

—¡¡¡Afrodita!!!

Una tempestad de gritos estalló. El gozo, el entusiasmo de todo un pueblo cantaba en indescriptible tumulto de alegría al pie de las murallas del Faro.

La turba que cubría el muelle afluyó violentamente á la isla, invadió las rocas, subió á las casas, á los altos postes, á las torres fortificadas. Llena, henchida estaba ya la isla, y sin embargo, la multitud no cesaba de llegar, cada vez más compacta, con el empuje de un río desbordado que arrojaba hacia el mar grandes masas humanas desde lo alto de la ribera abrupta.

No se veían los límites de esta inundación de gente. Las playas del Puerto Real, del Gran Puerto y del Eunosto, desde el palacio de los Ptolomeos hasta la muralla del Canal, rebosaban de apretado gentío, que se aumentaba indefinidamente con el aporte de las calles inmediatas. Y sobre este océano agitado de reflujos inmensos,

espumoso, de brazos y cabezas, flotaba como una barca en peligro la litera de velas amarillas de la reina Berenice. Y aumentándose el clamoreo estentóreo con nuevas bocas, á cada instante era más formidable este ruido.

Ni Helena en las puertas Esceas, ni Friné sobre las olas de Eleusis, ni Thais incendiando á Persépolis, supieron lo que era un triunfo.

* * *

Khrysis había aparecido por la puerta occidental, sobre la primera terraza del monumento rojo.

Estaba desnuda como la diosa, teniendo con ambas manos las extremidades de su velo escarlata, que el viento arremolinaba sobre el cielo de la tarde, al mismo tiempo que con la mano derecha empuñaba el espejo, que resplandecía á los rayos del sol poniente.

Con lentitud, inclinada la cabeza y moviéndose con gracia y majestad infinitas, ascendió por la rampa exterior que ceñía en forma de espiral la gran torre bermeja. Parecía arder una llama en sus ojos entornados. El ígneo crepúsculo enrojecía el collar de perlas como una sarta de rubíes. Ella continuaba ascendiendo, y en medio de tanta gloria, su piel resplandeciente irradiaba toda la magnificencia de la carne, la sangre, el fuego, el carmín azulino, el rojo aterciopelado, el rosa vivo. Y girando por el contorno ascendente de las altas murallas color de púrpura, subía al cielo transfigurada.